

2013

***Leche* o las formas poéticas de la resurrección. Perezagua, Marina. *Leche*. Barcelona: Los libros del lince, 2013.**

Ana Laura Santamaría

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Santamaría, Ana Laura (April 2013) "*Leche* o las formas poéticas de la resurrección. Perezagua, Marina. *Leche*. Barcelona: Los libros del lince, 2013.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77, Article 49.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss77/49>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LECHE O LAS FORMAS POÉTICAS DE LA RESURRECCIÓN

Marina Perezagua, *Leche*
Los libros del lince, Barcelona, 2013

Ana Laura Santamaría

En la orfandad de esta tierra de glaciación y guerra, tu boca es la gruta donde resuenan las únicas palabras que me consuelan y comer de ella, es para mí beber de tu eco, besar el pezón de tu cabeza.

“Aurática” de Mariana Perezagua

La voz literaria de Marina Perezagua (Málaga, 1978) es única. Luego de su primer libro de cuentos *Criaturas abisales*, una sumersión precisa y poética por un universo desconcertante poblado por seres crueles y sin embargo entrañables, ahora nos conduce a un viaje aún más profundo por los abismos del alma humana donde se desdibujan todas las fronteras, donde la muerte se confunde con la vida, el amor con la crueldad, el horror con la belleza, el hombre con la mujer, los humanos con las bestias, la verdad con la mentira. En los catorce relatos que conforman *Leche*, la muerte, los escenarios casi apocalípticos de horror y destrucción, se confrontan a cada paso con un erotismo pertinaz, casi heroico, capaz, incluso, de configurar una nueva esperanza, una resurrección.

Sus personajes son los sobrevivientes de diversas catástrofes y se aferran a la vida desde sus cuerpos desfigurados, desde sus almas rotas y solitarias. Perezagua los salva con su palabra poética, tan precisa y tan profunda que es capaz de construir puentes que, como en *Little boy*, permiten no tanto transitar desde una orilla a la otra (de la muerte a la vida, del amor a la crueldad) sino dotarnos de perspectivas, permitirnos ver “cuantos paisajes caben en un solo paisaje”. La poesía que palpita y conforma los relatos no es metafórica, sino

literal y exacta como el corte de un bisturí al tiempo que multiplica y enriquece la mirada.

El libro abre y cierra con dos relatos sobre la guerra y sus barbaries. En ambos el futuro está cancelado y la autora encuentra la forma de narrar lo indecible, eludiendo tanto la condescendencia como el cinismo. En *Little boy*, el relato más largo de los que integran el libro (prácticamente una *nouvelle*) la narradora va revelando desde el presente la historia de H. su vecina, una víctima de Hiroshima a quien la bomba le regalo la posibilidad de construir su identidad, al tiempo que le robó la capacidad de sentir y, sobre todo, de procrear. Mientras que en el último relato, *Leche*, la otra cara de la moneda, nos confronta con la crueldad del ejercito imperial japonés durante la masacre de Nankign. Ambos relatos son un ejercicio de la memoria histórica y un despliegue de la imaginación poética que nos permiten ver un cordón umbilical de 9,479 metros que va de la bomba al vientre de H. y un bebé que sólo puede absorber la ignominiosa leche del soldado invasor.

Pero la muerte también tiene otros rostros que apuntan a nuevas y posibles resurrecciones. En *El alga*, la muerte es y no es un disfraz, la protagonista de la historia no está muerta, pero tampoco está del todo viva, flota en la ingravidez de un mar de resentimientos, sin embargo, a través de las desconcertantes palabras de un intruso, se enciende la memoria del amor y del deseo y el alga se vertebrata, “tiende a coral” y puede ahora salir de puerto y abrirse a la vida.

En *Él* hay un cuerpo destrozado por una explosión, irreconocible, una mujer se entrega a su cuidado, se olvida del mundo y hace de esta tarea única pasión, “soy la bacteria que crece en un moribundo”, pero un hallazgo hace que la duda surja ¿y si él no es él? ¿Y si la presencia de éste solo confirma la ausencia del otro?, ¿cabe esperar que la ternura devenga crueldad y abandono? Sea como sea, el amor, aunque equivocado, ha salvado una vida.

La tempestad es una exploración sobre el poder del lenguaje y un homenaje, cargado de ironía, a la literatura. Una actriz polaca, vecindad en los Estados Unidos recita un parlamento en su lengua natal. Los invitados a la reunión intentan adivinar de qué obra se trata. El protagonista, sobreviviente a una tempestad en su viaje a América, no puede sobreponerse a la incertidumbre “líbrame con tu palabra de estas olas sin alma, sácame de estos naufragios” y se lanza contra cuello de la actriz, quien lejos de declamar algún parlamento célebre de la literatura dramática universal, sólo decía el abecedario en polaco.

En *Aniversario* hay una puesta en escena de una despedida entre la hija y el padre. La narración en primera persona es interrumpida por una descripción del espacio y de las acciones. En este relato hay también un ejercicio de memoria, dos muertes simbólicas y un renacimiento. La relación entre ambos y la palabra han muerto; tras 15 años de separación el padre sólo puede articular un ladrido, pero ahora la hija, como el alga vertebrata del relato anterior, puede echarse a andar.

Así, en algunos relatos, la palabra y la memoria son aliadas del erotismo y de las pulsiones de la vida; tal vez la única muerte verdadera sea el silencio. Quizá por eso en *Las islas* un padre descubre que el verdadero canto de las sirenas es el silencio luego de arrojar sus hijos al mar para abrazar una quimera.

Esta necesidad de la memoria, aunque sea una falsa memoria, permite dar sentido al protagonista de *El piloto*, quien como la cara inversa de Fulnes el memorioso, tiene la capacidad de olvidar todo lo que ocurren durante los recorridos entre sus puntos de salida y de llegada, por tanto, para dar sentido a sus viajes y a su vida, ha decidido hacerse responsable de todo lo que ocurre en la carretera, de todos las personas y animales que resulten heridos durante las horas que él transita. “Cuidarlos era como llenar un cajón en mi memoria. No sabía lo que contenía el cajón, pero su peso me indicaba que estaba lleno, y era esa plenitud lo que importaba.”

Otro relato que explora la idea del trayecto y de la “mentira” que posibilita la vida es el bello relato *Aurática* en el que en un mundo apocalíptico, “en glaciación y guerra”, una joven ha asegurado la sobrevivencia de su dependiente hermana menor, quien literalmente se alimentaba de su boca y de su voz, sosteniendo la mentira de su presencia a través de un pacto de silencio.

Más allá de cualquier condicionante moralista, en los relatos de Perezagua habita la fuerza de la vida, la ética incuestionable del gozo de la sobrevivencia. Por eso Benjamín no tiene remordimiento alguno al comerse a *Blanquita*, la oca con la que había jugado y que su madre decidió cocinar nada más porque sí. Tampoco el profesor siente culpa luego de prometer el placer con su mano al débil cuerpo de su alumna adolescente mientras espera un *Trasplante* de corazón. Nuevamente la muerte y la vida se rozan en el pulso erótico del deseo.

Esta capacidad para franquear los límites de la estrecha moralidad humana se expresa en toda su contundencia en *Mío tauro*, una historia de revelaciones, en la que la madre del primer minotauro no duda en copular con su hijo en lugar de cumplir el ritual sangriento que le exigen los humanos, y se lanza a la pradera en la total libertad, lejos de las imposiciones del lenguaje y de la razón.

Pero si en *Mío tauro*, el género humano puede ser abandonado para salvar al amor, en *Homo coitus ocularis*, un hombre y una mujer, la última pareja de una especie que “decidió colectivamente, por el bien de las demás especies, la extinción voluntaria”, se miran a los ojos y en esa “intimidad del alma por la cópula de la mirada” -con sus aparatos reproductivos intactos-, deciden que tal vez valga la pena volver a poblar el mundo; hacer de final un nuevo principio, porque después de todo, y a diferencia de otras especies, por ejemplo los elefantes, los humanos pueden aparearse mirándose a los ojos.

Los relatos de *Leche* configuran así una literatura del cuerpo, tan humana como sus fluidos, sus dolores, placeres y desgarramientos; una literatura de la sobrevivencia. Porque Marina Perezagua sabe que para que cada ser humano esté vivo, millones tuvieron que sobrevivir antes que él a una infinita cadena de catástrofes naturales y humanas, desde el ataque de un lobo en una cueva

paleolítica, hasta la inyección letal que recorre las venas de *Un solo hombre solo*.

Leche es un libro fascinante que confronta y seduce. Una literatura capaz de mirar con amor el horror quizá porque intuye que es ahí donde late con más fuerza el corazón de lo humano.